



carpinteros y albañiles de la catedral, encontramos con su titular San José, a Santo Tomás con la escuadra en un relieve de hacia 1560, perteneciente a un retablo anterior. El santo apóstol, según un apócrifo del siglo III, habría sido arquitecto, recibiendo el encargo de un rey para levantarle un palacio. Tomás recibió el dinero para la construcción y lo distribuyó entre los necesitados. Cuando el rey quiso ver el palacio, Tomás le manifestó que, al dar el dinero a los pobres, le había construido un palacio en el cielo. El rey lo encerró en una prisión, pero más tarde lo perdonó.

Retablo de Luquin

El relieve representa a Santo Tomás sedente con su atributo, una enorme escuadra de albañil, la cual responde tanto a la profesión que se le atribuye en la leyenda como al hecho de ser patrón de arquitectos y geómetras.

Realmente excepcional es la alegoría de la arquitectura que aparece en el retablo mayor de la parroquia de Luquin, sobre todo por su rareza en un contexto sagrado. El hecho que nos hace comprender su presencia está relacionado con su autor, Lucas de Mena y Martínez, hijo y nieto de retablistas que contrajo matrimonio con la hija de otro artífice, Dionisio de Villodas, en 1761, y acudió a la Real Academia de San Fernando de Madrid para perfeccionar su arte.

En aquella institución se matriculó, en octubre de 1762, cuando contaba con veinticinco años. A su regreso, con un bagaje cultural y nuevos aires, contrató a fines de 1763 el retablo de Luquin, bajo la supervisión de Silvestre de Soria, obra que entregaría en 1767. Sus líneas arquitectónicas y la calidad de la imagería hablan por sí de un nuevo estilo.

En el banco del retablo encontramos algunas alegorías, destacando la geometría, acompañada de globo y compás y la arquitectura. Para esta última sigue en su diseño las recomendaciones de Cesare Ripa en su *Iconología*, cuando la describe como una mujer de edad madura con los brazos desnudos, acompañada de compás y escuadra, instrumentos de la geometría, y un pergamino en el que se dibuja una planta. Se acompaña también de dos geniecillos que le traen un portalápiz, que habla de la importancia del dibujo como padre de todas las artes y una escuadra. La edad de la personificación la explica porque "en la madurez de la edad, para mejor mostrar que la experiencia suele coincidir en el hombre con el más alto grado de ejecución de sus obras más ambiciosas".

La alegorización está en plena sintonía con la generalización del término "arquitecto" con otras connotaciones que las que hasta entonces había tenido. En España, desde mediados del siglo XVI, fuera del contexto teórico-artístico de algunas minorías, el arquitecto era un ensamblador de cali-

En el Medioevo, los artesanos tenían escasísimo o nulo peso social

Los gremios de carácter corporativo aparecieron en la época del Gótico y las ciudades

En el Renacimiento, los maestros aparecían representados con compás y escuadra, para distinguirlos de canteros y albañiles

Destaca la alegoría de la arquitectura que aparece en el retablo mayor de la parroquia de Luquin

Sus líneas arquitectónicas y la calidad de la imagería hablan de un nuevo estilo

La disciplina de la arquitectura cobró una nueva dimensión en el Siglo de las Luces

Los autorretratos de pintores llegaron a Navarra con mucho retraso respecto a otros territorios

El autorretrato daba al pintor cierta consideración social



Ménsula. Magdalena de Tudela



Alegoría de la arquitectura en un relieve del retablo mayor de Luquin, por Lucas de Mena y Martínez (1763).



Capitel de la construcción de la torre de Babel. Catedral de Pamplona.

dad, capaz de diseñar y plantear un retablo, una sillería de coro o la fachada de un órgano monumental. Con el oficio de arquitecto, se documentan en todas las regiones a retablistas significados que manejan con habilidad las gubias y, sobre todo, a los que son capaces de trazar y plantear, mediante un diseño, la organización bidimensional o tridimensional de retablos. La elaboración de las trazas cobró tal importancia, que Madrid, como capital de España, se convirtió en el siglo XVII en un lugar especialmente reconocido en su elaboración, dado que era en la Corte en donde mejor arte se consumía. Pero sería en el Siglo de las Luces cuando la disciplina de la arquitectura cobró una nueva dimensión con unos planes de estudio precisos contemplados a raíz de la fundación de la Real Academia de San Fernando. Gracias al control de las academias se acabó imponiendo una arquitectura de estado que, en nombre del buen gusto, condujo a cierta uniformidad, atajando también las peculiaridades regionales. Incluso se impondría el término de arquitecto del rey en sustitución de la caduca y vieja denominación de "maestro de obras reales".

Autorretratos

Algunos estudios y especialistas han querido ver autorretratos de pintores en algunas señeras obras de nuestra pintura del Quinientos, desde el retablo de San

Saturnino de Artajona, o los mayores de Santa María de Olite o Cintruénigo, obras estas últimas de Pedro de Aponte. No dejan de ser hipótesis que necesitan más pruebas para su correcta lectura. El verdadero retrato de un maestro pintor, tal y como vestían en la segunda mitad del siglo XVI, aparece en el retablo de la Asunción del monasterio de Fitero, realizado hacia 1580-1590, que su día identificado con Felices de Cáceres, pero que necesita una revisión. Se trata de un ejemplo especial de época de Felipe II, único en el panorama pictórico navarro y muy raro en el Renacimiento español.

El pintor, ataviado tal cual, luce los ropajes que recibían los aprendices del oficio el día de su examen, constituyendo un magnífico ejemplo de cómo se engalanaban los artistas del pincel, con su ropilla, ferreruero, greguescos, gorra y medias, todo de color negro. La paleta con los colores es otro testimonio importante de la forma del citado objeto en aquellos tiempos.

Sin embargo, para tener un autorretrato con mayor trascendencia, con nombre y apellido de su autor, habrá que esperar al Siglo de las Luces. Un artista corellano que hizo su carrera en Madrid y Europa, Antonio González Ruiz (1711-1788), se hizo uno magnífico. El pintor pasó a la Villa y Corte, tras el fallecimiento de sus padres, con el fin de perfeccionar su arte con Miguel Ángel Houase. Más tarde, permaneció durante

cinco años en París, Roma y Nápoles. Su papel en la creación y desarrollo de la Real Academia de San Fernando fue muy destacada. Es autor de retratos reales y de numerosos cartones para ser tejidos en la Real Fábrica de Santa Bárbara. El autorretrato se conserva en la Real Academia de San Fernando de Madrid y es una obra excelente que destaca por su equilibrio compositivo y correcto dibujo. Se representa de medio cuerpo con casaca morada y peluca rizada, rostro vivaz y mirada penetrante. Como académico profeso, porta una carpeta repleta de papeles y un portalápiz con carboncillo y clarión para insistir en la importancia del dibujo en la enseñanza de las artes. El autorretrato ha sido datado en 1760 por Arrese y en 1766 por Pérez Sánchez.

En los siglos XIX y XX son más abundantes los autorretratos de pintores, en un contexto de consideración del pintor socialmente, algo que a Navarra llegó con mucho retraso respecto a otros países de Europa y a otros territorios peninsulares. El siglo XVII había significado el paso de los profesionales de los pinceles desde status de artesano al de artista. Los pintores firmaban sus obras, como gesto de autoafirmación en su profesión e incluso se retrataron, pero eso no significó que los establecidos en Navarra como Vicente Berdusán, José Eleizegui, Pedro Antonio de Rada o Diego Díaz del Valle -el único de todos ellos que practicó el género del retrato- se hiciesen un autorretrato. Tendrían que soplar otros aires ligados a los valores de la etapa contemporánea para que en verdadera prueba afirmativa de su nueva situación, tomasen los pinceles para dejarnos sus propios retratos.

Entre los autorretratos más significativos y de calidad en su ejecución y percepción hay que mencionar, entre otros, los de Javier Ciga, Emilio Sánchez Cayuela "Gutxi", Gerardo Sacristán, Gustavo de Maeztu, Martín Caro o Juan José Aquerreta.